

HENRI LAPEYRE

FELIPE RUIZ MARTIN
Universidad Autónoma de Madrid

El 20 de marzo de 1984 dejaba de existir, en Biarritz, uno de los más grandes hispanistas franceses: Henri Lapeyre, que fue inhumado en Burdeos tres días después. Desde hacía unos años, su salud estaba gravemente resentida y, como él lo sabía, se esforzó por adelantar la publicación de dos de las obras importantes propias que tenía de atrás muy trabajadas: *El comercio exterior de Castilla visto a través de las aduanas de Felipe II* y *La Taula de Cambis* (*En la vida económica de Valencia a mediados del reinado de Felipe II*). Con este motivo, ya enfermo, reiteradamente volvió a España para atar los cabos sueltos de esos libros. Personalmente tradujo al castellano —¿para ganar tiempo?— *La Taula de Cambis*. Yo le recuerdo la última vez que le vi, en la Casa de Velázquez de Madrid, corrigiendo pruebas de imprenta. Se encontraba muy a gusto en España; pasó aquí largas etapas «felices, de su vida», me escribía una hermana suya recién fallecido. Conoció bien la tensión que atravesaba el país después de la guerra civil, y se mantuvo en la más comprensiva imparcialidad para con todas las tendencias ideológicas y políticas que latían soterradas entre nosotros, pero que asomaban a los primeros contactos. Dejó que se le acercasen los jóvenes, entonces, que concluida su carrera de Filosofía y Letras o de Derecho empezaban a hacer Historia, y en la medida de sus posibilidades, cauta y prudentemente, les orientó más en profundidad de las vicisitudes externas, militares y diplomáticas, en que solían circunscribirse sus estudios. Primero en Valladolid, ejerció Lapeyre una notable influencia entre los escolares locales que le conocieron y trataron en Simancas y en el archivo de los Ruiz en Valladolid; se ocupaba a la sazón de lo que sería su tesis doctoral: la principal, *Une Famille de Marchands: les Ruiz*, y la secundaria, *Simón Ruiz et les «asientos» de Philippe II*, y si su metodología era lo novedosa que, tratándose de la Edad Moderna, representaba la formación que se impartía y se recibía en la Universidad de Francia con respecto a la Universidad de España, con la posibilidad allí de acceder a las revistas europeas más creativas, no era en modo alguno revolucionaria. Por eso la conversación con Lapeyre, supongo, pues no fui de los que le trataron en

Valladolid por aquellos lustros siguientes a la terminación de la II Gran Guerra, resultaba atrayente sin deslumbrar o repeler. Igual que ocurría más tarde en Valencia, cuando allá fue en pos de sus investigaciones.

Ni siquiera los intentos más logrados de la llamada «escuela de los *Annales*» convencieron plenamente a Henri Lapeyre. Estaba, sí, muy atento a cuanto en su seno se elaboraba; mas no le entusiasmaba. Consideraba una audacia remontar el vuelo para dominar amplios espacios, durante décadas, si no siglos. Quienes lo osaban hacer, encontraba que incurrían en frecuentes errores de detalle fáciles de captar, y para sus ojos minuciosos esto les descalificaba. Prefería Lapeyre la precisión, si no la exactitud, a las brillantes ideas globales. Con ese criterio estaba elaborando su tesis doctoral. No quiso afrontar en su integridad los negocios de los Ruiz en el interior de los reinos de Castilla, en Vascongadas, en Portugal, en la Corona de Aragón, en Europa Occidental, en América, de lo que hubiera sido capaz de haber adoptado otro ángulo de mira; escogió ceñirse a establecer puntualmente las raíces y los brazos familiares de los Ruiz y a escudriñar lo que protagonizaron en Francia, simplemente. Lo hizo bien, a conciencia, monográficamente. Sin embargo, echamos de menos la obra general que, repito, Lapeyre tenía talento de sobra para habernos dado. A la larga puede que sea más fecundo lo que hizo, efectivamente, en *Une Famille de Marchands: les Ruiz* que cualquier otra alternativa. Porque cuando eleva el alcance de su puntería en *Simón Ruiz et les «asientos» de Philippe II* se le escapa, entiendo, la diana. Los árboles no le dejan contemplar el bosque. Como siempre, diseña a la perfección las ramas y hasta los troncos de aquellos árboles; pero no refleja totalmente el bosque. Justamente en los lustros que analiza estoy persuadido que la Monarquía hispánica logra mediatizar, naturalmente para sacar provecho, las cotizaciones de los cambios internacionales. Para robustecer esa hipótesis no son desdeñables los datos sueltos que aporta *Simón Ruiz et les «asientos» de Philippe II*.

A mediados de los 1950 le fui yo presentado en París, cuando acababa él de ser nombrado profesor en Grenoble. Aparecidas su tesis principal y su tesis secundaria en *Affaires et gens d'affaires*, una de las colecciones auspiciadas por la *VIe Section de l'Ecole Pratique des Hautes Etudes*, que estaba en la rampa de lanzamiento al apogeo que culminaría al cabo de una década, Henri Lapeyre es un prestigio incuestionable dentro de la «escuela francesa» ampliamente considerada. La claridad de su exposición, que desentraña con lucidez las más enrevesadas combinaciones crematísticas de efectivos con efectos; la nitidez de su prosa, tan llana y elegante; la seguridad de los hechos y de las cantidades que alega; la articulación de lo que narra; el interés de lo que descubre..., le confieren fama, que se palpa a su alrededor. Pero Lapeyre no se envanece. Se conduce con la campechanería de hombre del *Midi* que se ha sentido a sus anchas en España. Le complace prodigar deferencias a los ibéri-

cos que encuentra en la capital de Francia, cuando va y viene de Grenoble, en ocasiones llamado; porque, insisto, es, en su mundillo, importante, y se le escucha. Si no estoy equivocado, son las citas elogiosas de Henri Lapeyre las que elevan hasta la categoría que merece a Raymond De Roover: un especialista de origen belga que pasó a Estados Unidos, donde enseñó en el *Brooklyn College of the City University of New York*. Nadie ha penetrado en los arcanos de la contabilidad y de la circulación del dinero en la Edad Media y las épocas del Renacimiento y de la Reforma con la competencia, con la maestría de De Roover. No obstante, tengo la impresión de haber sido un poco marginado hasta que Lapeyre proclama la valía y robustez de sus libros y artículos, expresados, salvo excepciones, en inglés. Traigo a cuento este «descubrimiento» de Raymond De Roover, aunque como figuración mía, para probar el prestigio y la influencia de Lapeyre.

Prestigio e influencia que se afianzan al salir la *Geographie de l'Espagne morisque*. Sin duda, Lapeyre se había topado en Simancas, mientras buscaba papeles concernientes a sus tesis principal y secundaria, los legajos en que figuraba puntualmente el número de los moriscos expulsados, por regiones, bajo el mandato de Felipe III. Tan pronto como superó la *soutenance* del grado máximo universitario, confortado por el éxito, ordenó la mies de tan exuberante cosecha. Un tema polémico —la magnitud de la sangría, por zonas, que se causó a la población de España, cuando se acababa de sufrir otra catástrofe, la peste bubónica, que la había reducido enormemente—; un tema polémico, digo, era, si no dilucidado, enriquecido con recuentos sustanciales. El renombre de Lapeyre es patente en torno a 1960.

Momento ése en el que suena a sus oídos el canto de sirena del ofrecimiento de un cargo, no sé bien con qué funciones, en el Ayuntamiento de Grenoble: *adjoint au Maire*, que acepta y ejerce ilusionado. Temprano se desengaña. Me contó en una ocasión con ironía —actitud no rara en su talante abierto y sincero— cómo había llegado el desenlace. Pero no lo puedo referir por haberlo olvidado. Esa trascendencia le dio: nada. Si acaso, una experiencia para el historiador. Volvió con exclusividad a lo suyo: la docencia y la época de Felipe II, que le recomendara Fernand Braudel, *ce maître incontesté*, escribirá Henri Lapeyre cuando su vida se apagaba, en el *Avant-Propos de El comercio exterior de Castilla visto a través de las aduanas de Felipe II*.

Una faceta que apenas conozco es la de Henri Lapeyre al frente de su cátedra en Grenoble. Pero barrunto que eco de las lecciones que impartió son el tomo de la *Nouvelle Clío*, *Las monarquías europeas del siglo XVI*; *Las relaciones internacionales* y el *Charles Quint de Que sais-je*. Y quizá también las semblanzas de los grandes historiadores de una o dos generaciones precedentes a la suya: Meinecke, Croce, Carande, Braudel, Chabod..., o coetáneos: Vicens Vives, De Roover, Melis..., que trazó en sucesivas disertaciones en

la Universidad de Valladolid, donde fueron impresas por lo menos algunas, son, presumiblemente, eco de sus cursos en Grenoble. Nunca le escuché directamente, pero me envió, a requerimiento mío, el manuscrito de lo que había dicho sobre Federigo Melis en una circunstancia que lo necesitó, y puedo juzgar del empeño y tino que Lapeyre ponía por captar el sentido latente en lo que construyeron aquellos promotores señeros. En esa línea están los comentarios que Lapeyre hizo a la polémica Castro-Sánchez Albornoz. A propósito de *Las monarquías europeas del siglo XVI*, cuando preparaba su redacción, le escuché que estaba apabullado por la abundancia de la bibliografía disponible y, puesto que no podía consultarla enteramente en los idiomas que leía con lentitud —inglés y alemán— y, por descontado, los que desconocía, estaba recogiendo las reseñas más solventes de los títulos principales. Su información, así, era estimablemente completa. Y, como la facilidad de su estilo, conjugada con el orden en el encadenamiento de las ideas que comunicaba, sus clases debieron tener atractivo. Y no sé por qué intuyo que, habiendo hecho como autor esencialmente historia económica, en la enseñanza ponía especial énfasis en lo político e institucional, en lo cultural incluso; su inclinación a profundizar en el pensamiento de Benedetto Croce y de Federico Chabod acreditan este aserto.

Lo suyo, insisto, son la docencia y la época de Felipe II. Y conjeturo que antepone a la docencia la época de Felipe II. De ahí que como no ignora que la enfermedad le quebranta, y que no va a ser un longevo, opte por la jubilación adelantada en la docencia y se dedique preferentemente a concluir dos grandes obras más de la época de Felipe II: *El comercio exterior de Castilla visto a través de las aduanas de Felipe II* y *La Taula de Cambis de Valencia*.

De las aduanas de Felipe II había anticipado Lapeyre bastantes referencias en comunicaciones oportunas. Pero tenía explorado el material existente en Simancas y estaba persuadido de que un vaciado sistemático del mismo sería muy revelador. Si al respecto había alguna duda, don Modesto Ulloa la había desvanecido en los capítulos pertinentes —VI al IX de la segunda edición— de su monumental *La Hacienda Real de Castilla en el reinado de Felipe II*. Pero las aduanas no sólo eran unos sumandos en la adición de las recaudaciones fiscales; sus registros reflejaban tráficos en doble sentido que denotaban las vicisitudes de la producción y del consumo, y quiénes eran (y sus nombres y su procedencia geográfica) los realizadores de los intercambios, de los negocios, con las alternativas de éstos. Las aduanas eran un buen observatorio, desde el que, encaramado, un experto de la madurez de Lapeyre divisaría lejanos horizontes, susceptibles de describir y de explicar y cuantificar. En *El comercio exterior de Castilla visto a través de las aduanas de Felipe II* —que conocí por una copia calcada del texto mecanografiado primitivo—, tan sustancial

como las descripciones y explicaciones, el cuerpo del libro, son las tablas, los apéndices y los gráficos.

La Taula de Cambis (*En la vida económica de Valencia a mediados del reinado de Felipe II*) fue el *factum* que más angustió a Henri Lapeyre; se retrasaba la oportunidad de rematarle. Desde 1948 sabía que se conservaban en el Archivo Municipal de Valencia las cuentas de la *Taula de Cambis* entre 1564 y 1700, el desmenuzamiento de las cuales, nada fácil, depararía un conocimiento del Banco Municipal de Valencia más solvente que el deducido a través de las ordenanzas atinentes a sus actuaciones (sin apenas entrar en el laberinto de la gestión). En 1955-1956 estuvo Lapeyre en Valencia y se cercioró de lo complicada que era la tarea, por lo que se resolvió a acotar la que él se proponía acometer: reducirla a la época de Felipe II. Asimismo, se afianzó Lapeyre en la certeza de su preparación, de su capacidad para no perderse en el laconismo de los libros mayores y, aunque un poco más explícitos, de los libros diarios. Era por naturaleza modesto Henri Lapeyre; mas si por esto no se le pasó por la imaginación lo que voy a decir, yo lo pienso firmemente: sólo Lapeyre podía abrir brecha en aquella selva inextricable. Pero hasta su *retraite* de Grenoble no encontró la sazón para realizarlo. Esta al fin llegó. Y sobre la marcha, casi casi contra reloj, halló que con la prohibición de los bancos privados en 1587, el banco público, exclusivo, multiplicó sus operaciones. Previsoramente, adivinando que le iban a faltar los meses que requería imprescindiblemente para adentrarse en la espesura que empieza en 1588, se restringe a lo que tiene acopiado y redacta, supongo que en francés, lo que apresurada, y perfectamente, vierte a la que era su segunda lengua: el precioso tomo de la biblioteca «Del Cenía al Segura».

En los intervalos de esas obras mayores de Henri Lapeyre están sus obras menores: una lista prolongadísima de folletos, de artículos, de intervenciones en congresos... Sin la pretensión por mi parte de tener todo, las que poseo de estas obras menores de Lapeyre, apiladas, forman una torre tan alta, en páginas, como el conjunto de sus obras mayores. Y, por añadidura, habría que tomar en consideración las reseñas. Henri Lapeyre enjuició objetivamente —tendente a la generosidad— cuanto aparecía notable dentro de su amplia competencia. Lo español le merecía especial interés; fue en Francia un difusor entusiasta de los progresos incuestionables obtenidos por nuestra reciente historiografía. No ocultó el bache que padecimos en los años del aislamiento, hasta 1950 más o menos, cuya endeblez y desfase contrasta con el vanguardismo y la calidad anterior a 1936. El resurgir se hizo esperar. Lapeyre advirtió —y aplaudió— las manifestaciones tempranas de la recuperación y, cuando se hizo franca después, la tributó elogios sin reservas. Repito, fue un excelente encomiasta del auge historiográfico español de ayer y de hoy. Estimaba mucho Henri Lapeyre la consideración que se le tenía entre los historiadores españo-

les. «Si tuviese que ser un exiliado —me aseveró, medio en broma medio en serio, por 1962 ó 1963—, yo pienso que se me acogería como refugiado en España.» Estando orgulloso de ser francés, se sentía a sus anchas en Barcelona, en Valencia, en Madrid, en Valladolid. Singularmente en Valladolid, donde era muy conocida, casi popular, su estampa: siempre formalmente vestido de oscuro —ostentando en la solapa el distintivo de caballero de la legión de honor—, durante los inviernos muy abrigado, protegido con una bufanda de la niebla y cubierto con un sombrero ancho; caminaba habitualmente con puntualidad, lo que le evitaba prisas y le consentía mantener el aire de sosiego y dignidad que le distinguía. En el Departamento de Historia Moderna de la Universidad, Enciso Recio, Cano de Garidoqui, Egido..., habían comunicado a sus seguidores la más sincera admiración por Lapeyre, que disfrutaba él con gozo cuando volvía a Simancas. Solterón, en absoluto taciturno, en Valladolid hablaba —con voz recia, franca— y reía y, mientras la salud se lo consintió, de vez en cuando iba a un buen restaurante. Se hizo querer. No le convencían las grandes síntesis, las edificaciones abstractas; prefería analizar y concretar, en lo que acertaba con clarividencia. Para poner un marco cronológico a los cuadros que diseñaba, analítica y concretamente, no invocaba «la postrera mitad del siglo xvi», sino, subjetivado, «la época de Felipe II». En sus buenos tiempos, al cerrarse el archivo de los Ruiz, sobre las ocho de la noche, solía dar Lapeyre un paseo corto por las calles de Valladolid con quienes habían sido sus compañeros en las duras jornadas. Estos se sorprendían por la frase ritual con la que, al irse cada uno para su casa, se despedía Henri Lapeyre: *bon travail!*, lo que equivalía a que en el hotel, de regreso, todavía prolongaba él sus afanes. Fue un formidable trabajador, tanto como inteligente, y como bueno. Descanse en paz.